

# EL OBJETO GILAED



Joseto Romero



Cumplecuento 2025

*CUMPLECUENTO*

# **El objeto Gilaed**

*Cumplecuento nº 5*

*23 de marzo de 2025*

Joseito Romero

## **EL OBJETO GILAE**

El doctor Averí Dilaso era radioarqueólogo. La mayoría de sus colegas de profesión trabajaban en arqueología planetaria y se consagraban al estudio de los restos tangibles encontrados en las cortezas de diferentes mundos. Averí, sin embargo, no utilizaba picos, palas, escobillas, recogedores, carretillas ni rasquetas. No excavaba ni se enfrentaba con el polvo y las rocas de los planetas. Él era radioarqueólogo, un buscador de señales de radio emitidas por antiguas civilizaciones precuánticas, una rama minoritaria de la arqueología que rastreaba el espacio con radiotelescopios para encontrar señales que almacenar y catalogar. Cuando era necesario, esta disciplina también se encargaba de decodificar y traducir las transmisiones capturadas.

Averí era el único tripulante de la astronave Kerr-1. Cuando se encontraba envuelta en su cápsula de salto, tenía el clásico aspecto de balón de rugby. Sin embargo, al retraer la cápsula y desplegarse, mostraba la irregular silueta de

una estación científica con decenas de instrumentos, todos ellos conectados con el espartano módulo de habitabilidad donde Averí se desenvolvía. Aquel módulo necesitaba una actualización. Los chistes sobre si la Kerr-1 era un hallazgo del propio arqueólogo que se remontaba a una civilización extinta había dejado de hacerle gracia hacía tiempo. Averí se fijó en la fotografía de Lera. En realidad, nada le hacía gracia desde que ella había muerto.

Preparó un café. Aquella era una tarea manual. Disfrutaba llenando la cafetera de agua, vertiendo con cuidado el café molido en el filtro, enroscando vuelta a vuelta su doble cuerpo y escuchando el sonido del gorgoteo a presión que venía unos minutos después. El olor intenso se difundía por todo el puente de mando y, entonces, el módulo de habitabilidad de la nave podía parecerse a un hogar. Solitario, pero un hogar al fin y al cabo.

Habían pasado catorce años desde que Lera sufriera el accidente. Su mujer se encontraba investigando en los confines de la zona navegable de la galaxia la misteriosa señal de radio que bautizaron como Gilaed 77A. Lera había conseguido, por fin, una nueva nave científica más moderna con la que poder avanzar en sus trabajos. Pero su sistema de salto falló. Por más que Averí preguntó, nadie supo nunca decirle si el problema fue de aquella astronave, la Kerr-2, o de la estación de salto.

Una notificación sobresaltó a Averí y la pantalla principal comenzó a mostrar mensajes. El científico se quedó helado. Tras años de absoluto silencio, recibía una nueva señal de Gilaed. Había incluido aquella zona del espacio en sus rastreos diarios de rutina tan solo como homenaje a Lera. Su mujer estaba convencida de que había algo más en aquella remota región que parecía no interesar a nadie. Al cabo de unos segundos, la señal cesó y los sistemas volvieron a su silencio habitual. Averí no pudo evitar un escalofrío al comprobar las características de la señal que acababa de recibir. Su correlación con Gilaed 77A era altísima. Sin duda, provenían del mismo emisor. Un temblor acompañó a sus dedos cuando completó el registro con las coordenadas del hallazgo y tecleó «Gilaed 77B». ¿Y si su mujer había tenido razón?



Averí activó su comunicador de entrelazamiento cuántico para realizar una llamada. Unos segundos después, su pantalla mostraba un rostro de mujer de ojos negros y pelo plateado.

—Misela, necesito ayuda con el paralaje de unas señales.

—Estaba durmiendo, Averí —espetó la mujer.

—Mierda, Misela, ¡es imposible conocer los horarios de todo el mundo! —se quejó el radioarqueólogo—, estoy a más de veinte años luz de cualquier otro ser humano.

—Tienes una forma muy extraña de pedir favores —comentó la mujer mientras se frotaba los ojos—. ¿Por qué no hablas con el investigador principal de tu equipo?

—¿Con Horacio? Ni en broma. Estoy estudiando los registros de la señal Gilaed 77A y de la nueva 77B.

Hubo un silencio largo. Misela apoyó la barbilla en su mano y se quedó mirando a Averí a través del comunicador de entrelazamiento cuántico.

—¿Otra vez estás con eso? —preguntó—. El origen de las señales Gilaed se sitúa fuera de la zona navegable de la galaxia. El sistema de saltos no cubre esa región.

—El sistema de saltos nos limita. La ventaja de la radioarqueología es que no hace falta salir del redil para estudiar las ondas de radio —argumentó Averí—, y estoy convencido de que hay algo allí, un objeto.

—¡Oh, gracias por la aclaración, doctor obvio! —dijo la mujer con sorna—. Sé de sobra que te han prohibido expresamente investigar nada relacionado con Gilaed. Deberías centrarte en el trabajo que te han encargado.

—Por eso te lo pido a ti —explicó Averí—. El acceso al centro de cálculo de mi base está supervisado y si se me

ocurre realizar allí las operaciones que necesito me enviarán de vuelta de un salto en un abrir y cerrar de ojos. Y no sería la primera vez.

Averi se revolvió en su sillón. Le molestaba sentirse controlado. Las naves científicas como la Kerr-1 estaban supervisadas. Solo podían realizar los saltos aprobados por el investigador principal del grupo y, en cualquier momento, tenían la opción hacer regresar a la nave a la base de forma automática y sin ni siquiera tener que dar explicaciones a su tripulante.

—De acuerdo, te ayudaré, aunque sospecho que me quieres solo por el interés —dijo Misela.

—Si descubro algo, le pondré tu nombre —prometió Averi.

—Sabes que no lo harás, tienes otro nombre en la cabeza —rebatía Misela.

Desde luego que lo tenía. Averi solo pensaba en Lera, su esposa de la que únicamente le quedaba el recuerdo. Descubrieron juntos la señal Gilaed 77A. Estudiarla era, en cierto modo, revivir sus días más felices. Necesitaba resolver su misterio, se lo debía a ella.

—Mi hipótesis es que Gilaed 77A y 77B son señales que provienen de un mismo objeto que se desplaza a una velocidad sublumínica muy baja —dijo Averi—. No es un pla-

neta ni un astro natural, sino un artefacto construido por una civilización muy antigua. El objeto debe de ser endiabladamente pequeño y su potencia de transmisión muy débil. Necesito conocer su ubicación exacta. Antes era imposible, pero con el hallazgo de la nueva señal 77B podrían calcularse sus coordenadas actuales. Necesito una capacidad de computación varios órdenes de magnitud mayor de lo que me ofrecen los ordenadores de la nave. ¿Podrás hacerme tú el favor?

—Cuenta con ello, Averí —respondió Misela—, pero lo que me pides es complejo y mi supercomputadora está muy solicitada. Quizá me lleve varios días.

—Eres una amiga, lo sabes, ¿verdad?

—Y tú un insensato. Arriesgas tu carrera profesional con esta investigación clandestina. —respondió Misela y suspiró—. Te diré algo en cuanto tenga los resultados.

En ese momento, una luz tiñó de rojo el puente de mando de la Kerr-1, acompañada de un desagradable pitido intermitente.

—¿Qué ocurre, Averí? —se preocupó Misela.

—¡Lo que faltaba! —gruñó el radioarqueólogo—. Es el sistema de gestión de energía del módulo de habitabilidad. Lleva meses así, de vez en cuando falla, pero tiene solución. Te envío los archivos de las señales, Misela, y cierro



la comunicación. Esto deben arreglarlo en remoto desde la base y necesito el canal de entrelazamiento cuántico para conectar con los técnicos.

—De acuerdo. ¡Ten cuidado! Cualquier día esa nave te dará un susto de verdad.

Averi envió los ficheros con los registros completos de las señales Gilaed a su amiga y, sin perder un segundo, abrió comunicación con la base.

—¿Qué has roto ahora, Averi? —preguntó un joven con mono azul al otro lado de la pantalla.

—Hola Rik. A saber, esta nave es un cacharro —respondió el radioarqueólogo y añadió un tono irónico a continuación—. Me preparé un café hace unos minutos, espero no haber saturado el gestor de energía por eso.

—Vale, ya he recibido el diagnóstico automático de tu nave. Lanzo rutina de reconfiguración. Pero hay algo más, necesito que bajes al puente de servicio —explicó el técnico—. Esta vez tendrás mancharte las manos.

El radioarqueólogo se acopló un comunicador portátil y buscó sus herramientas. Siguió las instrucciones de Rik.

—Debes abrir el panel principal. Activaré el modo manual para que tú mismo puedas tomar el control de los sistemas en local. Hay un par de ajustes que solo pueden hacerse desde el interior de la Kerr-1.

—¿Eso es peligroso? —preguntó Averí.

—No sería peligroso si fuera yo el que estuviera en tu nave para arreglarlo —dijo Rik, divertido—, pero teniendo en cuenta que deberás toquetear los controles tú mismo, sí, considero que es muy peligroso.

—Vete a la mierda, Rik —espetó el radioarqueólogo.

Averí siguió las instrucciones paso a paso. Cruzaron algún insulto más que les sirvió para descargar la tensión. Las operaciones eran sencillas, pero un fallo podía ser fatal. Al fin, todo quedó ajustado.

—Ahora vuelve a cerrar el panel principal para que pueda reactivar desde aquí el modo automático —indicó Rik.

—Hecho —el radioarqueólogo suspiró aliviado. Estaba sudoroso.

—Bravo, Averí —dijo Rik en cuanto la operación hubo concluido—. Ya te puedes ir a hacer caquita al baño. ¡Y procura no romper nada en los próximos días!



El mensaje de Misela, como en una venganza, despertó a Averí de un profundo sueño. Se trataba de un texto plano, sin saludo ni despedida. Tan solo contenía la información

precisa sobre las coordenadas de la misteriosa fuente de las señales Gilaed 77A y Gilaed 77B, junto con su vector de variación para poder localizar con exactitud el objeto en cualquier momento.

«¡Gracias, Misela!», dijo para sí el radioarqueólogo. Se dirigió al puente de mando e introdujo la nueva valiosa información en el sistema. Necesitaría apuntar la antena principal a las coordenadas indicadas y realizar un barrido completo de frecuencias para detectar si el objeto en cuestión emitía otras señales y comenzar así un estudio completo. Pero aquello suponía involucrar una buena parte de los recursos de la nave para la tarea y no lo podía hacer sin que el investigador principal lo detectara. «¡Maldito sistema de supervisión!».

Averi caminó a un lado y a otro del puente de mando. Preparó un café. Se sentó en el sillón principal y lo hizo girar en círculos. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Hasta que su mirada descansó en la fotografía de Lera y supo lo que tenía que hacer. Activó la secuencia para el estudio integral y pormenorizado del objeto Gilaed. Recordó la excitación del descubrimiento de la señal original, cómo Lera y él fantasearon sobre su origen. Su mujer sentía un gran interés por las civilizaciones arcaicas. Era antropóloga. Los inicios de la exploración espacial, en la antigüedad, le parecía muy evocadora y romántica. Entonces no

existían las comunicaciones instantáneas por entrelazamiento cuántico y, ni mucho menos, la tecnología de saltos.

—¿Te imaginas, Averí? —decía ella—. Aún hay civilizaciones así, más allá de la zona navegable de la galaxia, a donde no se puede llegar. No tienen estaciones de salto. Viven como lo hacíamos nosotros hace miles de años.

—En realidad sí que es posible llegar allí —corregía Averí con cariño—, el problema es que no podríamos volver al quedar fuera de la cobertura de las estaciones de salto. En unos años se construirán nuevas estaciones que ampliarán la zona navegable, ya lo verás.

—Quizá sea mejor que estas civilizaciones se mantengan siempre fuera de nuestro alcance, Averí —reflexionó Lera—. Los choques culturales y tecnológicos no suelen acabar bien.

—No te preocupes, nadie realizará un salto sin retorno. Están a salvo ahí fuera, a años luz de distancia.

—¿Tú te atreverías a saltar a las regiones sin cobertura? —preguntaba ella, divertida.

—Solo si lo hiciéramos juntos.

Una comunicación entrante rompió la ensoñación del radioarqueólogo y lo devolvió al presente con brusquedad. Era Horacio, el investigador principal de su misión.

—¿Qué cojones estás haciendo, Averí?

—Buenos días para ti también, Horacio —saludó él con voz calmada.

—Déjate de hostias —atajó el investigador principal—. ¿Qué hacen los instrumentos de mi nave apuntando a la zona no navegable?

—He detectado una nueva señal —mintió Averí sobre la marcha—, tan solo quiero cerciorarme de su origen, apenas me tomará unas horas comprobar si es de interés o si podemos descartarla.

—Sabes que nuestra financiación está siempre en entredicho —puntualizó Horacio—. Nos han aprobado un programa de investigación muy bien definido. Si no nos ceñimos a él, daremos la excusa perfecta al Consejo para recortarnos los fondos.

—Lo que debería hacer el maldito Consejo es asegurar que trabajamos en condiciones. El sistema de gestión de energía del módulo de habitabilidad de la Kerr-1 sigue dando fallos —comentó Averí para cambiar de tema—. La última vez tuve que arreglarlo desde el control manual.

—Lo sé, Averí, y lo siento —Horacio respiró hondo—. Pero precisamente por eso es tan importante completar nuestra investigación y hacerlo rápido y bien.

—Confía en mí —dijo el radioarqueólogo—. Tan solo necesito los instrumentos unas horas, es una comprobación de rutina. Imagina por un momento que descubrimos algo importante. Seguro que el Consejo querría apuntarse la medalla y nosotros recibiríamos nuestra palmadita en la espalda en forma de financiación.

—Ocho horas, Averí, ni una más —concedió Horacio—. Y no fantasees. Tú y yo sabemos que al Consejo le importa una mierda lo que haya más allá de la zona no navegable de la galaxia, lo mismo da que descubras al mismísimo Dios.

—Ocho horas, prometido. Gracias, Horacio.



El objeto Gilaed resultó ser más inquietante de lo que el propio Averí esperaba. A partir de su posición, velocidad y trayectoria, el radioarqueólogo pudo trazar hacia atrás su recorrido en un simulador de dinámica de galaxia de alta precisión. Así, descubrió que partió ocho mil años atrás de Licanor 7D, el tercer planeta de una estrella bien conocida, aunque remota y muy alejada de la zona navegable.

Se sabía que Licanor 7D había contado en tiempos remotos con una colonia de seres humanos ancestrales. Some-

tieron al planeta durante siglos a un proceso de terraformación con el objetivo de poder habitarlo. Sin embargo, los registros disponibles sobre Licanor se perdían ahí, eran de los más antiguos de los que había constancia. Averi tenía ahora la oportunidad de descubrir algo más, de arrojar nueva luz sobre un pasado remoto y lleno de incógnitas. La localización exacta del objeto Gilaed permitió al radioarqueólogo obtener un bloque completo de señales y llevarlas al decodificador. En unos minutos tendría los primeros resultados. Averi estaba a punto de descubrir lo que fuera que aquellos humanos quisieran transmitir miles de años atrás. Miró la imagen enmarcada de Lera. «Ojalá estuvieras aquí conmigo». Mantuvo la fotografía de su mujer cerca, a su lado, como si pudiera compartir con ella el momento de leer el mensaje decodificado del objeto Gilaed.

Misión de colonización de Licanor 7D fallida. El planeta no es apto para la vida humana. La terraformación ha fracasado. La presencia hostil en la superficie del planeta hace descartar opción alternativa de instalación de base. Se propone nuevo destino para nuestra nave. Destino seguro alcanzable en 70.000 años. La nave no garantiza supervivencia para más de 1.000 años. Ayuda requerida. Se envían señales y sondas de SOS.

Tras el mensaje, seguía información detallada sobre las sondas y la nave principal. El objeto Gilaed era una sonda de SOS lanzada a la desesperada a las profundidades interestelares. Averí rastreó las ubicaciones del resto de sondas, pero no recibió más que silencio. Apuntó los sistemas hacia la posición exacta que ahora debería tener la nave principal. Recibió una señal muy débil. Su corazón latió con cada vez más fuerza y se mantuvo tenso durante los segundos que el decodificador tardó en generar la respuesta. Sus grandes expectativas se diluyeron cuando leyó los resultados. La nave principal tan solo emitía una señal de radiobaliza. Nada más.

Averí recordó que tenía la taza de café a medias. Bebió un sorbo. El líquido amargo se había quedado completamente frío. Lo más probable es que la nave principal fuera una enorme tumba errante con los esqueletos de los colonos que nunca pudieron acceder a su planeta de destino. Aquello sería un descubrimiento notable para la radioarqueología. Un resultado tangible en mitad del vacío del espacio interestelar, una cosmonave arcaica. Un objeto, sin embargo, inalcanzable, que avanzaba a paso sublumínico fuera de la zona navegable de la galaxia y que, sin más señal que la de balizamiento, mantenía sus secretos totalmente inaccesibles.



Averi miró la fotografía de Lera. ¿Y si la nave aún tuviera viajeros? Por la datación, se trataría sin duda de una de las naves multigeneracionales que se construyeron en aquella época. Eran gigantescas y estaban preparadas para albergar en su interior toda una sociedad de la que solo los tataranietos de la tripulación original llegarían al destino final. ¿Sería posible que, generación tras generación, continuaran habitando la nave? En ese caso, ¿por qué no había otras transmisiones aparte del balizamiento?

El radioarqueólogo mantuvo sintonizada la señal de radio-baliza de aquella misteriosa nave. Visualizó la región del espacio en la que se encontraba y calculó su trayectoria. Se encontraba sumida en la profundidad interestelar, aún tardaría miles de años en llegar a una nueva estrella.



—Volverás de inmediato a la base —dijo Horacio mientras procuraba dominar su enfado.

—Eso te encanta —respondió Averi—, tienes el control absoluto, ¿verdad?

—Debería haberte traído de vuelta antes. Es más, nunca tenía que haberte enviado a esta misión.

Averi echaría de menos la Kerr-1. Sabía que, en cuanto regresara a la base, sería expulsado del grupo de investigación y su carrera como radioarqueólogo terminaría. En realidad, aquello no le importaba demasiado. Lo que sí le dolía era separarse de aquella vieja nave científica, tan llena de recuerdos, en la que había compartido varios años de trabajo y de relación con Lera.

De súbito, una luz roja inundó el puente de mando. Los pitidos acústicos de alarma no se hicieron esperar.

—Si vas a llevarme de vuelta hazlo ahora, Horacio —comentó Averi— y me ahorraré el trabajo de mecánico con el maldito sistema de gestión de energía del módulo de habitabilidad.

—Tendrás que arreglarlo primero —dijo Horacio con frialdad—, no es posible realizar un salto mientras haya un fallo de energía.

—Bien, eso tiene la ventaja de que esta conversación terminará de una vez —espetó Averi—, no quiero ver esa cara de enfado que tienes, prefiero mil veces hablar con Rik.

El radioarqueólogo cerró la comunicación de un manotazo y sin esperar una despedida por parte de Horacio. Conectó con Rik al instante.

—¿Has vuelto a romper tu nave? —preguntó, incisivo, el técnico.

Esta vez Averí no estaba de humor para bromear. Se dirigió al puente de servicio en silencio.

—La reparación es similar a la última que hicimos —informó Rik—, debes acceder al panel principal. Activo el modo manual.

—Ya tengo las tripas de la Kerr-1 delante —anunció Averí al poco tiempo.

—Vamos con la secuencia de pasos, te indico uno por uno. Tras varios minutos de trabajo, la alarma cesó.

—Oye, Rik, ¿sabes que vuelvo a la base? —comentó Averí.

—Eso es estupendo —opinó el técnico, animado—. Podremos tomar una cerveza y de paso te daré unas clases de cómo cuidar una nave. ¿Cuándo estarás por aquí?

—Ni idea —dijo Averí con indiferencia—, supongo que pronto, Horacio toma el control.

—Vaya, debes de haberla liado buena para que te traigan por la fuerza, ¡felicidades!

En ese momento, una idea se injertó en la mente de Averí. En realidad, era algo que siempre había considerado como

una posibilidad, pero que ahora veía, por primera vez, como una verdadera opción.

—Averi, ya está todo en orden, cierra el panel principal para que pueda restablecer el control automático —informó el técnico—. Averi, ¿me oyes?

El radioarqueólogo cortó la conexión con Rik. Dejó el panel principal abierto para mantener así el control manual. Antes de seguir con su plan, debía realizar una nueva llamada a través del comunicador de entrelazamiento cuántico.

—Misela, ¿estás ahí?

—Vaya, Averi, por fin has tomado nota de los horarios, esta vez no me has despertado, enhorabuena.

—Me voy, Misela.

—¿Cómo que te vas?

Averi introdujo en el sistema de control de salto las coordenadas con la posición de la nave arcaica multigeneracional de Gilaed.

—Me voy para siempre, salto hacia la fuente de las señales Gilaed —explicó Averi de forma precipitada—. He hecho un gran descubrimiento, pero no le he dicho nada al gilipollas de Horacio. Te paso un informe y todos los datos. Quiero que los tengas tú. Es un bombazo, hemos ha-

llado una nave multigeneracional de la primera etapa de exploración interestelar de la Humanidad.

Misela trató de asimilar las palabras de su amigo, pero insistió: se encontraba demasiado alarmada.

—Eso está fuera de la zona navegable, ¡no podrás volver jamás! —gritó.

—También llamo para despedirme de ti, Misela.

—¡Morirás! —exclamó ella a la desesperada— ¡Tarde o temprano el sistema de energía de tu nave fallará de nuevo!

Averi mantuvo la comunicación abierta con Misela hasta que toda la información sobre el descubrimiento fue transmitida a su amiga. Terminó de configurar desde el control manual los parámetros de salto. Aquel sería el último viaje hiperlumínico de la Kerr-1. Un salto sin retorno. El doctor Averi Dilaso se dispuso a desaparecer para siempre de la zona navegable de la galaxia. Besó la fotografía de su mujer.

—Tengo miedo, Lera, pero estamos juntos. Te quiero.

## GRACIAS POR LEER

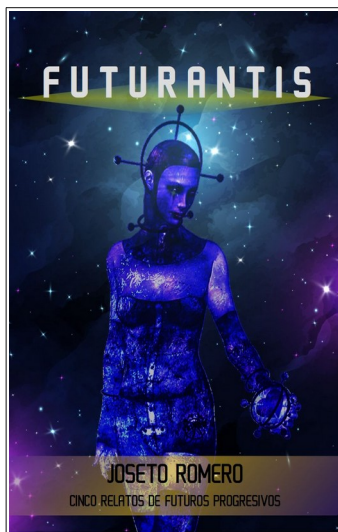
*Cumplecuento es mi manera de celebrar el cumpleaños compartiendo, cada año, un cuento original con las personas más cercanas. Espero de verdad que hayas disfrutado de este relato.*

*Me encantaría que, si aún no lo has hecho, te suscribieras a **Holoceno 13000**, mi boletín personal para lectores. ¡Haz clic en el cuadro!*



*El objeto Gilaed* se publicó por primera vez en la antología de relatos de ciencia ficción *El mercader de Venus vol. 2: sorpresas en el espacio*, de la editorial Con Pluma y Píxel (2020).

Actualmente, es uno de los relatos incluidos en *Futurantis*, la antología de relatos de ciencia ficción que regalo a los suscriptores de mi newsletter, *Holoceno 13000*. Si quieres hacerte con él, haz clic en la imagen de portada.



¡Nos vemos en el próximo cuento!

Joseto Romero, 23 de marzo de 2025